

DE SAN FRANCISCO,

Predicado en las Capuchinas de
Mégico el día 4 de Octubre.

Discite à me quia mitis sum, et humilis corde.
Matthæi cap. 11.

La gloria de la cruz de Jesucristo, misterio el mas oculto à los soberbios, prudentes y sábios del siglo, es aquella importantísima verdad que en el evangelio presente confiesa el hijo de Dios haber sido revelada y descubierta à los mas depreciables y humildes. Abrirse el camino à una imaginada grandeza por medio de los honores, aspirar al esplendor y gloria por las floridas sendas de las riquezas y el aprecio de los demas, anhelar al descanso estableciendo una vida regalada y deliciosa son aquellas grandes leaciones que en el dorado libro del mundo estudian incesantemente los hombres. Pero la verdadera sabiduría del hijo de Dios, que venia con su vida à confundir las erradas máximas de los mortales, y à presentarles

en sí mismo anonadado, pobre, humilde, la imágen de la sólida felicidad, quiso enseñarnos con su egemplo y con sus palabras una doctrina la mas sublime al paso que la menos practicada de los hombres. Casi cuantas cláusulas contiene el capítulo once de San Mateo no respiran otra cosa que esta que à los ojos del mundo es aparente necedad y contradiccion en que quiso nuestro Salvador establecer la mas sublime grandeza bajo la mas profunda humildad. Ellas nos proponen engañados à los sábios del siglo, é ilustrados à los pequeños. Ellas vinculan la grandeza à la pequeñez, el descanso al trabajo, el sosiego à la mortificacion, y en una palabra, nos prescriben que nos conformemos con Jesucristo humilde y anonadado: *discite à me quia mitis sum et humilis corde.* Pero por mas que nuestras rebeldes pasiones ofusquen el entendimiento para conocer esa verdad, no es ella, señores, otra cosa que una forzosa consecuencia de toda la vida del Salvador del mundo, y una doctrina de su cruz que obliga à todos sin distincion. El Señor, que por infinitos medios pudiera habernos libertado de la infame servidumbre del pecado, juzgó el mas oportuno el de anonadarse, humillarse y morir pendiente en

una cruz, y por qué ¿preguntaremos admirados? ¿por qué escogió muerte de cruz? porque quanto era mas ignominiosa y penosa fué mas meritoriosa y gloriosa. Sí, señores, la gloria toda de un cristiano está ligada á la cruz, su mérito está vinculado á la ignominia y la mortificacion, y es obligacion indispensable de todo cristiano crucificar su carne y sus apetitos para que su vida no sea otra cosa que una imágen de la vida penosa de Jesucristo, dice el apóstol á los Corintios: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.* Y bien, cuando embriagados de los placeres del mundo nos imaginamos que en medio de los deleites y los gustos, anhelando, como solemos decir, no á otra que á una vida desastrada, vivimos aun muy satisfechos de llegar á participar la gloria de Jesucristo ¿no somos nosotros mismos infelices testigos de que la gloria de la cruz es una verdad escondida á los prudentes del siglo? *abscondisti hæc à sapientibus.* Este es á la verdad el grande misterio que vino á manifestar la sabiduría del padre á los humildes y pequeños, esta es aquella aparente contradiccion que los amadores del mundo miran como bageza

de espíritu é insensata novedad: ésta últimamente la gloria de la cruz que con la práctica de una vida crucificada llegó á conseguir el gran padre San Francisco de Asis cuya memoria celebramos.

No podia ciertamente hallarse mas cumplido elogio á la portentosa santidad de Francisco, anhelando siempre á conformar su vida con la de Jesucristo, que esta admirable semejanza con el hijo de Dios anonadado y humilde, á que el mismo Señor convida en su evangelio: *discite à me quia mitis sum et humilis corde.* Pero quando por una parte ponemos los ojos en Francisco todo empleado en humillarse, y anonadarse á semejanza de Jesus; por otra parte vemos á Dios colmando á Francisco en medio de la humillacion y los desprecios de honores y glorias semejantes á las de su mismo hijo, es preciso confesar que Francisco humillándose, Dios engrandeciéndole formaron en la vida de este gran padre una imágen de Jesucristo. Véis pues en esto solo lo que formó el ilustre carácter de nuestro santo, y lo que con razon nos le hace admirar como uno de aquellos portentos de la divina mano que mas han ilustrado la iglesia santa. Yo bien sé que todos cuantos santos han seguido las ensangrentadas huellas de Jesus

han llegado por la senda de la humildad á montar á la cumbre de la sólida gloria; pero lo que hallo singular en Francisco ó ya consideremos las acciones con que se humilla, ó ya las gracias con que Dios le engrandece es que unas y otras tienen un carácter el mas semejante á las humillaciones y glorias de Cristo, y por tanto su vida no parece otra cosa que una viva imágen de Jesus acabada por Dios y por Francisco. Tu adorable presencia, Señor, bajo las mas humildes apariencias con la que nos alientas continuamente, no ya solo á asemejarnos, sino á trasformarnos en tí, es un convite amorosísimo en que nos exhortas á la humildad: *discite á me &c.* En la Encarnacion ocultastéis tu divinidad, en este sacramento escondes á los sentidos aun la sacrosanta humanidad, tanto que con razon puede éste llamarse el sacramento de la humildad. No dudo pues que esfuerces mi débil espíritu para la alabanza de tu humilde siervo Francisco á ruegos de aquella vírgen madre cuya humildad fué el feliz principio de toda su grandeza y de aquella escelente prerrogativa por la que la saludamos llena de gracia. AVE MARIA.

Discite á me &c.

No es tanta la irreconciliable enenistad que tienen entre sí las luces y las sombras que no haya sabido valerse de ellas industriosamente el arte uniéndolas amigablemente para hacer sus obras mas hermosas y perfectas. El noble arte de la pintura, invento prodigioso del ingenio con que ambiciosos los hombres de la inmortalidad han querido conservar aunque en muertas imágenes por largos siglos la memoria de los seres caducos, y poner á la vista lo mas remoto y mas distante, ha hallado el medio de dar alguna vida á sus animadas obras, sirviéndose de oscuros sombríos que mezclados con los mas lucidos colores hagan la imágen mas parecida, mas natural y mas conforme á la original. Los colores mas vivos y lucidos sino se les dieran estas sombras no serian otra cosa que una luz sin representacion. Las sombras sin la luz de los colores no harian sino un borron confuso, desordenado é inutil para la semejanza; en esta industria pues ingeniosa del arte que ha sabido unir lo mas opuesto tenemos un bosquejo, bien que muy tosco y rudo, de lo que la sabiduría infinita de Jesus ha ejecutado en persona

uniendo la humillacion con la gloria para ponernos á la vista el egemplar que debiamos seguir: *discite á ame &c.* El Señor, dice el grande apóstol de las gentes, se humilló, se abatió, se anonadó á sí mismo obscureciendo en cierto modo su grandeza, y por eso el padre de las luces le exaltó sobre todo lo criado elevándole á la gloria mas soberana: *Christus exinavit semetipsum propter quod et Deus exaltabit illum.* En vano se cansaban los engañados ojos de los judíos queriendo hallar en este Mesias soberano una gloria toda mundana, un esplendor perecedero sin querer descubrir en él las sombras de una profunda humillacion; y en vano tambien ofuscados los ojos de los gentiles con la obscura vida de Jesus despreciado y pobre se escandalizaban necios no queriendo descubrir el lucido golpe de su gloria: engañábanse unos y otros no alcanzando á percibir esta maravillosa union, esta concordia de humildad y grandeza en que consiste la gloria toda de la cruz.

Volved ahora los ojos al gran Francisco, reconoced brevemente aquella vida crucificada con Jesus, y hallaréis la mas viva imágen de esta gloria hecha por Dios y por Francisco: Francisco para perfeccionarla en sí tomó á su cargo las sombras de

la humillacion: Dios las luces de su exaltacion; pero unas y otras las mas semejantes á las de Jesucristo. No permiten los cortos limites de una oracion referir, ni de paso, las heroicas virtudes de Francisco con que mortificado en el espíritu y en la carne procuró formar en sí esta imágen de la vida de Cristo: reduzcamos por tanto toda esta semejanza á aquellas dos virtudes pobreza y humildad, que fueron como el fundamento y el carácter de la anonadacion del hombre Dios, y que siendo tambien las principales de este gran patriarca le condugeron á poder decir con verdad que se aniquiló y se anonadó *exinavit semetipsum.* Parece que el cielo, que en el nacimiento de otros varones santos ha glorificado y honrado sus cunas, ya con brillantes luces, ya con otros prodigios, felices anuncios de su futura santidad, no halló para Francisco otro pronóstico mas oportuno que el conducir á su madre á un establo despreciable para que allí entre humildes pajas sin donde reclinar la cabeza recibiera Francisco las primicias de una vida la mas abatida y la mas pobre. Sin duda que como Francisco no podía elegir el lugar de su nacimiento, que atendiendo á la calidad de su familia deberia ser ac-

modado, tomó el cielo á su cargo asemejarle con un prodigio aun desde las cunas al hijo de Dios aun en aquel estado en que no estaba en su eleccion esta semejanza. Pero á mi en lugar de sorprenderme este portentoso, pienso que no seria el mas glorioso á Francisco si él á imitacion de Cristo, que sin otra necesidad que su voluntad sola se abatió, no hubiera elegido voluntariamente esta pobreza. Mas esta noble virtud que habia nacido en él, crecia tambien con él en tanto grado que no bastaron á hacersela odiosa todos aquellos poderosos atractivos que en una juventud lozana arrastran el corazon ácia los bienes de la tierra. Socorrer continuamente á los pobres, llegar á permutar con ellos sus vestidos preciosos por andrajos viles é inmundos, besar sus llagas, comer con ellos sin que le retrageran ni las persuasiones de los parientes, ni el lustre de su familia, ni las reprehensiones y severos castigos de su padre eran los primeros ensayos de Francisco en la pobreza. No sufría el engañado corazon de su padre estos que imaginaba borrones que afeaban el lustre de su casa; y viendo inútiles cuantos medios tentaba para apartar á su hijo de esta, que él llamaba vida despreciable é infame, por

consentimiento de entrambos se presentaban ante el obispo para hacer Francisco una solemne renuncia de sus bienes. O ¡cómo esta sola accion ofrece las mas sólidas reflexas dando á conocer una pobreza que no tiene semejanza, sino con la pobreza del Redentor del mundo! A la verdad que si atendemos, ó ya á las divinas lecciones que el Salvador del mundo daba á sus discípulos para la práctica de esta virtud, ó ya á la práctica de los mismos apóstoles, vemos que la perfeccion de ella consiste en un despojo de todo lo superfluo, en un despego del corazon de todo lo temporal que solo se contenta con lo necesario á los precisos usos de la vida. Vosotros lo sabeis, decia el apóstol San Pablo á los de Efeso, que no he apetecido los agenos tesoros de oro y plata, y que el trabajo de mis manos me ha proveido de lo necesario, contento y satisfecho, decia en otro, con cubrir este cuerpo y alimentarle. Y aun el mismo Jesucristo prescribiendo á sus discípulos las máximas de esta virtud no les prohibe tener una túnica con que encubrirse, y un pan con que alimentarse; y ¿qué cosa aun de estas necesarias reservó para sí Francisco cuando presentándosele al obispo, y despojándose aun de la túnica interior des-

quido se vuelve á su padre, y renunciando solemnemente todos sus derechos se despoja aun del título de hijo para poder llamar á Dios con mas confianza padre? Esto si que escede todas las leyes comunes, y que solo en Jesucristo tiene egemplar. Dios manda que se aparte el corazon de todo lo terreno conservando lo necesario, y Francisco se desnuda aun de aquel mas necesario abrigo, que no les falta ni á los mas fieros brutos, ni á las plantas mas despreciables. Dios manda que despues de todo afecto de carne y sangre dejen su casa, su familia, sus padres; pero sin renunciar el título de hijos de aquellos á quienes debian el sér: Francisco no contento con romper aquellos mas amables lazos con que le ató la naturalza, gustoso renuncia á los legitimos derechos de hijo, y sin reservar ni aun un lienzo con que cubrirse no quiere conservar cosa suya en la tierra. Celoso imitador de la pobreza del Dios hombre que nacido de una madre virgen no tuvo otro padre que el celestial, ya que él segun las leyes establecidas habia debido el sér á un padre de la tierra, con una solemne renuncia de los derechos de hijo, se despoja de todo para no llamar á otro padre que al Señor de los cielos.

Desnudo de este modo Francisco de cuanto podia tener suyo en el siglo no aspiraba á otra cosa que á la pobreza; la pobreza era sus delicias, el no poseer cosa alguna era su anhelo, y con una santa envidia de no ser menos pobre que otro alguno se avergonzaba si veia alguno mas despreciable que él. No nos conserva la historia de los mas remotos tiempos en los hombres mas ardientemente codiciosos de las riquezas sed tan insaciable de poseer, como era en Francisco inestinguible el fogoso deseo de no poseer. Si como neciamente deliraban los Platónicos tuvieran las virtudes un ser corporeo perceptible á los sentidos: ¿qué otro cuerpo podia ser mas proporcionado á hacer visible la virtud de la pobreza, ni qué otro espíritu mas apto á animarla que el espíritu y cuerpo de Francisco? Si que, como le saludaban aquellas doncellas que en cierta ocasion le aparecieron, Francisco no era solamente pobre, sino la misma pobreza; por eso si yo hubiera con algun sensible geroglífico de poner á la vista una imagen de esta virtud divina, no hiciera sino representarnos á Francisco vestido de un sayal humilde y tosco que teniendo bajo sus pies un mundo se levantara en alto en ademán de quien no

anhela sino el cielo. Yo le pondria las manos llenas de ricos y abundantes tesoros que se derramaban liberalmente en beneficio de los necesitados no reservando para sí ni aun lo mas preciso. Yo últimamente le pondria á esta imágen por epígrafe aquellas palabras que rebosando dulzura pronunciaba frecuentemente Francisco: *Deus meus et omnia*: Dios mio y todas las cosas. ¿Y quién en esta imágen, no menos espresiva de Francisco que de la pobreza misma, no descubriria todos los quilates, todos los grados de esta singular virtud? ¿Quién no veria en ella una práctica la mas conforme y la mas semejante á la de Jesucristo? Ella nos traeria á la memoria las acciones mas nobles de la vida pobre de este patriarca y haria acordar que si nace Francisco, nace como Jesus en un establo desnudo y sin abrigo entre humildes pajas; que si vive, vive como el Salvador sin otras posesiones, sin otros haberes que los que le franqueaba la providencia de su padre celestial: que si muere en fin, á imitacion de Cristo muere desnudo de todas sus vestiduras en un duro leño: se desnudó tambien aun de la túnica, y postrado en el suelo pide á sus hermanos de limosna un pobre hábito, que le sirva despues de mortaja.

Mas despues de toda esta renuncia, este despego de todos los bienes tan universal, tan heroico no es sino un informe cuerpo de la virtud de Francisco y que no le haria imágen de Jesucristo anonadado á no estar animado con el espíritu de una humildad tan profunda. Bien sabéis que apenas hay otra virtud que mas se equivoque con la miseria ó la bageza que esta de la pobreza. Estar despojado de bienes por necesidad y miseria de su estado es desdicha de una condicion infeliz; contentarse con unos cortos haberes no mas que porque se considera la imposibilidad de atesorar suele ser natural industria del amor propio; no desear las riquezas, ya porque ellas son un veneno que facilmente inficiona el corazon, ya porque Jesucristo tenia prometida la mayor abundancia á los pobres de espíritu, es la virtud con que han resplandecido universalmente los varones santos; pero no querer tener cosa propia, porque de todo nos juzgamos indignos, reputarse en su propia estimacion por tan vil y despreciable que no merezca ni aun aquellos bienes comunes de que gozan los brutos es la alma de esta virtud, y el enlace hermoso que la une á la humildad.

Al comenzar á hablar de la humildad

de Francisco ¿qué cosa os podré decir que no hayáis oído repetir muchas veces del debido nombre de humilde con que por antonomasia le distingue la iglesia de los demás santos? Toda la vida exterior de Francisco no fué otra cosa que una serie de humillaciones y de desprecios, toda su vida interior un ardentísimo deseo de ser despreciado: no se saciaba con ser reputado tan vil como otros para los honores, anhelaba él por los oprobios, por las irrisiones tanto que no estaba contento sino era reputado en el juicio de los demás, como en el suyo, por el mas vil gusano de los hombres. Esto le hace allí en los principios de su vida llenarse de júbilo al verse tratado por sus paisanos como loco, apedreado públicamente y mofado de la hez del pueblo: este concepto le hace llevar con alegría las cárceles, las prisiones, los golpes con que su padre le trataba como á mentecato. Esto le retrajo de subir al sublime grado de sacerdote y reusar el título que el sumo Pontífice Inocencio III le daba de predicador de la penitencia. Pero no sea que sorprendidos de esta prodigiosa humillacion olvidemos descubrir todo su fondo; busquemos su principal carácter en que se hizo mas semejante y parecida á la humildad

del hombre Dios. Esta humildad de Jesucristo, decia el apóstol San Pablo, misterio de la sabiduría escondido á los mortales; esta humildad que arrebató admiradas de asombros á las mas sublimes inteligencias, fué aquel abatimiento con que quiso el hijo de Dios uniéndose á nuestra mortal carne esconder bajo el tosco velo de nuestra naturaleza todo el esplendor de su divinidad. La sabiduría increada del padre eterno, inmortal, inmutable, santa por esencia se humilla de tal suerte que no apareciendo á los sentidos sino bajo la forma de siervo, *exinanivit semetipsum formam servi accipiens*, fuera en su modo de padecer reputado como malhechor: *cum sceleratis reputatus est*. Así que todo el carácter de ésta, en la frase de San Pablo, humilde anonadacion fué que todo un Dios inmaculado y santo llegara á parecer como hombre pecador y delincuente. Pasad ahora, cuanto permite la infinita distancia de Dios á la criatura, á la humildad de San Francisco; y hallaréis una, aunque imperfecta, pero cuanto cabe en un puro hombre espresiva semejanza con la de Jesucristo. Sería necesario, para medir hasta adonde se abatió Francisco en el humilde concepto con que se juzgaba por un gran pecador, levantar la consideracion

hasta aquel alto grado adonde encumbrió su santidad. Seria preciso comenzar desde el primer grado que forma el soberano trono de sus virtudes: desde la mortificación, digo, y ver el ayuno tan perpetuo, las disciplinas sangrientas, las desnudeces, los helados tanques de nieve, las espinosas zarzas á que se arrojó alguna vez; pasaríamos despues al otro grado de su oracion á verle cuasi en un continuo éstasis; favorecido de frecuentes apariciones de Jesus y Maria. De ahí á la fé la mas viva, á la esperanza la mas firme, y al llegar por último á remontar á la cumbre de este trono á la caridad, ¿qué lengua podrá explicar sus ardores? Ardía en su corazon un encendido volcan de ardor; y no pudiéndose contener dentro del pecho, como si buscara por donde respirar, le abrasaba de modo el semblante que fué causa á que desde su mortal vida le llamaran el serafin en carne mortal. ¡O si pudieran hablar las paredes de la pequeña iglesia de Porciuncula en donde empleaba Francisco frecuentemente las noches postrado ante Jesus crucificado bañado en copiosas lágrimas! ¿Qué éstasis, qué dulces coloquios de amor, qué extraordinarios favores del cielo no nos referirian que la humildad de Francisco

tuvo siempre ocultos? Pero despues de verse así Francisco remontado á tan alta cumbre de santidad, ¿á dónde no le sumergia su humildad profunda? Sí, *cum sceleratis reputatus est*. Sugetábase obediente á los inferiores, pedía á sus súbditos consejo en sus resoluciones, predicaba muchas veces en público las que él llamaba faltas y ¡ó asombro! llegó á decir que era el mayor de todos los pecadores del mundo. Y que ¿ignoraba Francisco que su vida aun desde sus primeros años habia sido inocente? ¿se le ocultaban las heroicas virtudes que egercitaba, los dones con que el cielo lo favorecia? ¿ó con un error grosero se imaginaba vicios que no tenia? Nada menos, antes bien de sus mismas virtudes tomaba ocasion para humillarse. A la verdad, decia, que si Dios le hubiera hecho al hombre mas vicioso las mercedes que á mí, le seria mas fiel y mas agradecido que yo. ¡O sábia industria de la humildad! ¡ó arte prodigioso de convertir en motivos de abatirse la misma exaltacion! Mas que mucho que así ocultará Francisco, su santidad, si halló modo su humildad de ocultar en alguna manera y abatir el mismo ser de hombre que habia recibido de la naturaleza. A imitacion del hijo de Dios

que, siendo Dios verdadero, quiso ser y tratar con los hombres como uno de ellos: Francisco ya que no podia ocultarse uniendo á otra naturaleza inferior, quiso á lo menos equivocarse y ser comparado á las mas viles criaturas: esto le hacia tratar y llamar á su cuerpo con el nombre de jumento, y no hay entre las criaturas todas ninguna vil y despreciable con quien no quisiera equivocarse Francisco, á los brutos, á las aves, á los peces, al fuego, al agua llamaba con el nombre de hermanos procurando de esta manera abatir su mismo ser, é igualarse á las mas despreciables criaturas á quienes era superior por naturaleza. Y ¿qué al ver que así Francisco hombre por naturaleza y santo por la gracia se regula por un gran pecador, y quiere parecer menos que hombre, no podremos decir que como una viva imágen de Jesucristo humillado se anonadó á sí mismo *renauavit semetipsum*? Despojóse de todo, pobre en su nacimiento, pobre en su muerte como Cristo y artifice industrioso en la imágen que procuraba formar en sí de Jesus las mismas luces de la santidad, el noble ser de su naturaleza los ocultó de modo con las sombras de su humildad, que bastaron á hacerle una hu-

millada imágen del Salvador: *ut et uita Jesu manifestetur in corporibus nostris*. Mas al paso que Francisco conuierge en sombras de humildad las luces de su exaltacion, Dios sábiamente benévolo conuierde de nuevo estas mismas sombras en la mas brillante grandeza elevándole por aquel mismo rumbo por donde él procuraba abatirse.

Aquí, señores, debería comenzar mi oracion, y recorriendo de nuevo desde la cuna hasta el sepulcro de Francisco poner á la vista las que hasta ahora os han parecido sombras de abatimiento como las mas brillantes luces con que Dios exalta y engrandecia, y daba la última perfeccion á esta imágen. Bastaria dar una ojeada á la historia de la vida de este humilde patriarca para que al punto como en tropa se presentaran á millares los prodigios. Profecías ilustres, coloquios frecuentes con Jesucristo, imperio casi universal sobre las criaturas, honores no ya de los principes católicos, sino aun de los mismos infieles fueron tan repetidos en Francisco que parece perdian algo de maravillosos por muy comunes. Pero como en las imágenes muertas siendo los colores comunes cada una tiene en la disposicion y orden de sus partes lo que la distingue de las

de más y lo que la hace conforme á su original; así en Francisco á mas de estas luces comunes á los otros santos hallo un brillante carácter de grandeza, que singularmente le distingue como imágen la mas viva de la exaltacion de Jesucristo. Bien sabéis que la gloria de la cruz de Jesus, que esta exaltacion maravillosa con que en premio de su humillacion le engrandeció el padre celestial consistió principalmente en que valiéndose el Señor de las ignominias, de los tormentos, de la pobreza para el establecimiento de la religion catolica, hubiera ésta por unos medios tan contrarios á la carne y á la sangre propagándose, difundídose por todo el orbe, y haciendo parcioneras suyas á las naciones se gloriaran éstas de las humillaciones del Salvador. Esto puntualmente era lo que el eterno padre prometia mucho antes á su unigénito como rica herencia de su cruz, y posesion dichosa que le engrandeciera: *Postula à me*, decia por boca de David, *postula à me et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae.* Y á la verdad ¿qué mayor grandeza, qué mayor argumento de la gloriosa divinidad de un Dios crucificado que ver doce apóstoles, hombres sin luces, sin riquezas, pobres,

despreciados caminar por el mundo todo llevando por insignia una cruz, antes afrentosa, persuadiendo á la pobreza, á la humildad, á la abnegacion publicando cruda guerra á los deleites, á los placeres, convidando á las catastas, á las parrillas, á las espadas, á la muerte; ¿qué mayor argumento, digo, que ver una religion que tiene por fundamento la pobreza y la humildad propagarse por unos medios tan contrarios á la carne y á la sangre hasta llegar la insignia de la cruz á brillar sobre las testas coronadas de los soberanos, y á hacer alarde del nombre de Cristo los sábios, los prudentes, los potentados del siglo sujeta su cerviz á un yugo al parecer tan pesado? Si, si, glorificó de este modo el Señor á su hijo unigénito anonadado y humillado, y á pesar de la idolatría y de la ceguedad de las pasiones se ha predicado en las naciones que reynó Cristo y triunfó desde un leño pobre y despreciable: *discite à me &c.*

Pasad ahora, señores, del original á la imágen de Cristo, á Francisco, y cotejando religion con religion, medios con medios, propagacion con propagacion admirad el brazo omnipotente de Dios que quiso hacer á un puro hombre participante de la mas característica gloria de su

náigénito. Reducido Francisco al extremo de la pobreza, despreciable á los ojos del mundo, ilustrado soberanamente del cielo, determina restablecer en la iglesia el casi sofocado espíritu del cristianismo predicando por todas partes la abnegacion de sí mismo, la renuncia de todos los bienes, y la mortificacion de las pasiones. Y ¿de qué poderosos armados egércitos se valdrá para publicar una guerra tan difícil y en que tenia por enemigo al mundo todo? Doce compañeros sin esplendor, sin poder, sin armas son los nuevos apóstoles que por todas partes reparte para tan alta empresa. Y ¿de qué atractivos, de qué máximas usa para ganarse unos ánimos que ciertamente sabia habian de aterrorizarse á solo el nombre de penitencia que predicaban? Abre el sagrado libro de los evangelios y reduciendo todo el espíritu de él á estas tres breves máximas: id, les dice, y predicad con vuestra vida y vuestra doctrina: que el que quisiere ser perfecto venda sus bienes y los dé á los pobres: que no posea ni oro, ni plata, ni bienes, ni dos vestidos, ni báculo ni calzado: que se nieguen en fin á sí mismos cargando la pesada cruz de la mortificacion. Mas ¿de qué fondos provee á una sociedad, que habiendo de recorrer el

mundo se espone á extinguirse desde sus primeros alientos si le falta aun con que subsistir? Un sayal tosco y humilde, una espesa prohibicion de ser señores de bien alguno, sin otro fondo que la caridad de los fieles son los tesoros de su fundacion. O ¡qué de este modo será preciso que su misma indigencia y miseria no permita los progresos de esta recién nacida religion, antes bien se verá sofocada desde sus cunas. Su mortificacion, su austeridad retraerá, atemorizará de suerte á los hombres que no habrá quien la siga. La piedad de los hombres habrá al fin de resfriarse de su primitiva caridad sin concurrir con las copiosas limosnas necesarias á su conservacion. Mas ¡ó errados juicios de la humana prudencia! ¡ó máximas engañosas cuando es el brazo omnipotente el que dirige las empresas! Comienza este nuevo instituto á admirar las naciones y dentro de breve tiempo vió el mundo mas de sesenta monasterios erigidos, tan dulcemente atraídos los hombres de una regla tan áspera que llegó á ver Francisco aun viviendo mas de sesenta mil religiosos hijos de su regla. La Europa, la Asia, la Africa dieron en breve testimonio de cuanto apreciaban los frutos del instituto de Francisco. La Amé-

rica: ¡ó que nosotros felices habitantes de este país, somos testigos de los gloriosos trabajos de los hijos de Francisco que bajo la protección de las católicas armas de nuestro soberano fueron los ardientes caritativos apóstoles que con su sudor y sangre regaron la idolátrica tierra que ha dado después tan sazonados frutos á Jesucristo! ¿Hubo acaso estado, hubo sexo, hubo calidad que desdeñándose de la pobreza, de la áspera mortificación de su instituto no se alistara gustosa bajo las banderas de Francisco? Reyes, Emperadores, Princesas ilustres vistieron sus hombros acostumbrados á la real púrpura del humilde hábito de nuestro santo. La misma silla de San Pedro se ha dignado de gobernarse por un Nicolao IV, un Alejandro V, un Sisto IV, un Sisto V que pasaron de las estrechuras de una celda á honrar los palacios del Vaticano. ¿Pero qué canso vuestra atención? como la religión sagrada de Jesucristo tiene por carácter la universalidad estando patente su entrada á toda clase de personas, así Francisco no contento con haber dejado á los hombres el sábio método de una humillacion religiosa, dió á la santa vírgen Clara reglas para que las mas delicadas y tiernas vírgenes pro-

fesaran el mismo instituto; pero no paró aquí su celo, quiso acomodar sabiamente su regla á todo estado, y conociendo que aun en el siglo en la santa union del matrimonio debe haber medios para la perfeccion, dió á todos una forma de vida conforme á su estado para que compusieran esta órden tercera que florece fragante en el mundo cristiano, y que ha hecho tanto honor á la iglesia. Con razon esclama aquí admirado el gran Buenaventura, que la gloria de la benignidad del Salvador del mundo apareció segunda vez en la tierra en la humilde persona de Francisco propagando este gran patriarca una religion que teniendo por instituto el espíritu de la religion católica, por primeros apóstoles á hombres despreciables á los ojos del mundo, por medios el abatimiento y la pobreza ha extendido sus términos hasta donde ha visto gloriosamente dilatarse su imperio Jesucristo. Yo no temeria al considerar el torrente de impiedad que casi se veia anegar el mundo en el siglo XI, la corrupcion de costumbres, el desarreglo de las pasiones; no temeria, digo, parecer arrojado, si llamara á Francisco segundo Salvador del mundo, que restauró á la primitiva pureza de la religion por los mis-

mos medios de humildad y pobreza, por los que la fundó Jesucristo. ¿Pero que tendó ser arrojado? ¿fué otra cosa lo que quiso significar el cielo en la misteriosa vision que tuvo el sumo pontifice Inocencio III en que se le representó Francisco sosteniendo sobre sus espaldas el templo Lateranense ya titubeando y en ademán de que amenazaba su última ruina? ¿Fué otra cosa el misterio que encubria aquella pequeña palma representada al mismo Inocencio que poco á poco se elevaba dilatando sus ojas, que los gloriosos méritos de Francisco y sus hijos en beneficio de la iglesia? ¡O que ya casi no abarcan las bibliotecas, ya gimen las prensas cansadas de dar á luz los servicios de los Antonios, los Buenaventuras, los Luises de Tolosa y los Bernardinos de Sena, los escritos incomparables de mas de ciento y ochenta doctores, los: : pero basta que hago injuria á las incomparables glorias de Francisco, y sus hijos queriendo tan de paso elogiar con incultas voces las acciones que tienen por testigo á todo el universo. Que me resta, pues, sino concluir con el apóstol: *altissima paupertas eorum abundavit in divitiis simplicitatis eorum*: la pobreza, la humildad de Francisco, sombras con que él procuraba formar la

imágen de Jesucristo humillado, las supo Dios convertir en brillantes luces de riqueza y de exaltacion para hacer semejante al Salvador glorificado á él que lo habia sido de su humillacion.

Mas véis aqui, señores, que cuando para gloria de Francisco procurando poneros á la vista en su persona una imágen viva de Jesucristo vuelvo los ojos á esa misma imágen cotejando la vida de la mayor parte de los cristianos, no veo en ella sino casi borrado y obscurecido el retrato del Salvador. La mortificacion, la humildad, la renuncia del amor propio son, no como suele pensarse obra de supererogacion, sino indispensable carácter del cristiano. Y son estos los rasgos, es esta la práctica de nuestra vida? ¿Seguimos al Salvador por aquella senda estrecha y espinosa por donde él con pasos sangrientos se abrió camino hasta la gloria? Hallad, señores, en todo el evangelio una sola palabra que favorezca esta vida deliciosa, que prometa los gozos del cielo á esta hambre insaciable de riquezas, que santifique estos galanteos licenciosos, que pueda asegurar la conciencia á los que viven segun el espíritu del mundo, á los que solo pretenden, como ellos mismos se espican, go-

za de la vida; hallad solo una cláusula que no respire mortificación y entonces yo os confesaré, que erró Francisco y que vosotros por un opuesto rumbo perfeccionais en vosotros mismos la imagen de Jesus. Mas ¡ahl qué por el contrario todas las acciones de este gran patriarca son otros tantos mudos testigos que condenan nuestra conducta, otras tantas lecciones sábias que nos enseñan el camino que debemos seguir. Y si á todos los estados, á todas las personas sirve la vida de Francisco de utilísima doctrina, son singularmente los sacerdotes los que en él deben aprender la pureza, mas que angélica, que demanda su ministerio. Vos, señor, que en el día presente teneis la dicha incomparable de ofrecer la primera vez al Padre eterno el incruento sacrificio de su hijo inmaculado, vos que en el día de hoy con envidioso asombro de los ángeles hacéis bajar del cielo á vuestras manos aquel Señor á cuyos pies sirven de asiento los serafines, aprended en el humilde Francisco, rehusando el recibir el sagrado orden de presbítero, la vida inmaculada á que os obliga vuestra dignidad soberana. Francisco aun despues que recibe del cielo aquellas cinco llagas, cinco preciosos dones

de su pureza, tiembla, se estremece; y por fin no se atreve á consagrarse sacerdote. Francisco repite muchas veces que puesto entre un sacerdote y un santo del cielo primero besaria la mano reverentemente al sacerdote que al mismo santo. Reflexad pues en esto, que si la reverencia, el honor, el respeto con que os deben tratar los hombres debe ser comparable á el con que se trata á los santos, vos á vos mismo os debéis ya tratar como á superior á los hombres. Hasta aquí fuistéis hombre, desde el día medianero entre los hombres y Dios debe respirar vuestra vida mucho de divina. Ofreced pues por mano de Francisco esta hostia de pacificación, y únanse para el bien de los fieles con vuestras súplicas las oraciones de este castísimo coro, de estas fragantes azucenas entre quienes se apacienta, y tiene sus delicias el cordero inmaculado. Gozáos en hora buena, vírgenes religiosas, de tener por padre y por modelo al que en su vida no tuvo otro egemplar que Jesucristo: trabajad tambien vosotras en el duro taller de la mortificación á formar en vosotras con los instrumentos de la pobreza y la humildad la imagen de vuestro amado esposo. Que si el mundo engañado deslumbra nuestros

ojos con el falso brillo de los placeres; Cristo desde la cruz nos asegura que no hay senda mas segura para los sólidos deleites que la de la penitencia, y que la pobreza abre el camino a riquezas inmensas: que las penas y la humildad son escalon seguro para el trono de la gloria.

ÍNDICE

de los Sermones que contiene este
primer tomo.

<i>De la Santísima Trinidad.....</i>	7
<i>Del Nacimiento de Jesucristo.....</i>	33
<i>De Jesus niño perdido y hallado en el templo.....</i>	61
<i>De la entrada de Jesucristo en Jerusalen.....</i>	85
<i>De la sangre de Jesucristo.....</i>	96
<i>Del Señor de la humildad y pa- ciencia, ó del Ecce Homo.....</i>	117
<i>De la Concepcion de la Virgen...</i>	146
<i>De su Natividad.....</i>	170
<i>De su Asuncion al cielo.....</i>	194
<i>De San Miguel.....</i>	213
<i>De San Rafael.....</i>	234
<i>Primero de San Pedro.....</i>	262
<i>Segundo de San Pedro.....</i>	281
<i>De San Estéban.....</i>	310

<i>De Santo Tomás de Aquino.....</i>	351
<i>De San Eligio ó Eloy.....</i>	358
<i>De San Bernardo.....</i>	375
<i>De San Francisco.....</i>	406

.....	410
.....	415
.....	420
.....	425
.....	430
.....	435
.....	440
.....	445
.....	450
.....	455
.....	460
.....	465
.....	470
.....	475
.....	480
.....	485
.....	490
.....	495
.....	500
.....	505
.....	510
.....	515
.....	520
.....	525
.....	530
.....	535
.....	540
.....	545
.....	550
.....	555
.....	560
.....	565
.....	570
.....	575
.....	580
.....	585
.....	590
.....	595
.....	600
.....	605
.....	610
.....	615
.....	620
.....	625
.....	630
.....	635
.....	640
.....	645
.....	650
.....	655
.....	660
.....	665
.....	670
.....	675
.....	680
.....	685
.....	690
.....	695
.....	700
.....	705
.....	710
.....	715
.....	720
.....	725
.....	730
.....	735
.....	740
.....	745
.....	750
.....	755
.....	760
.....	765
.....	770
.....	775
.....	780
.....	785
.....	790
.....	795
.....	800
.....	805
.....	810
.....	815
.....	820
.....	825
.....	830
.....	835
.....	840
.....	845
.....	850
.....	855
.....	860
.....	865
.....	870
.....	875
.....	880
.....	885
.....	890
.....	895
.....	900
.....	905
.....	910
.....	915
.....	920
.....	925
.....	930
.....	935
.....	940
.....	945
.....	950
.....	955
.....	960
.....	965
.....	970
.....	975
.....	980
.....	985
.....	990
.....	995
.....	1000

